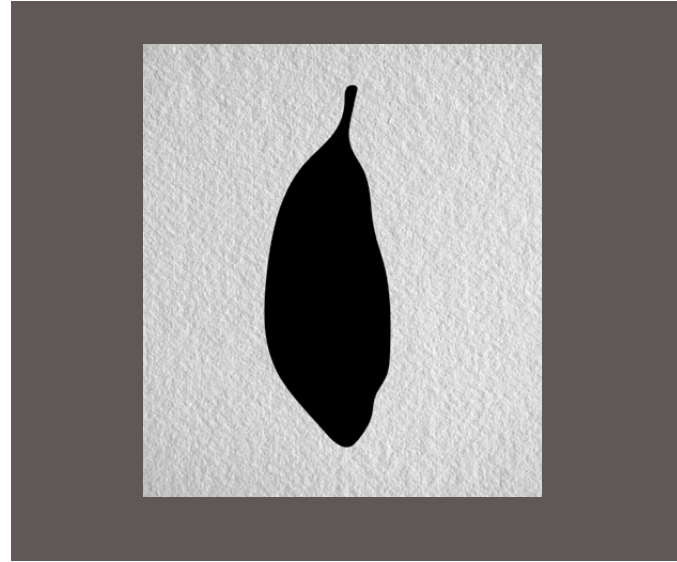


JESSICA NIETO

IN- SIS- TIR

Para Rosario Guajardo



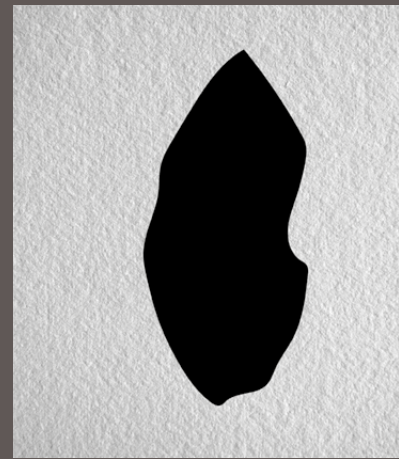
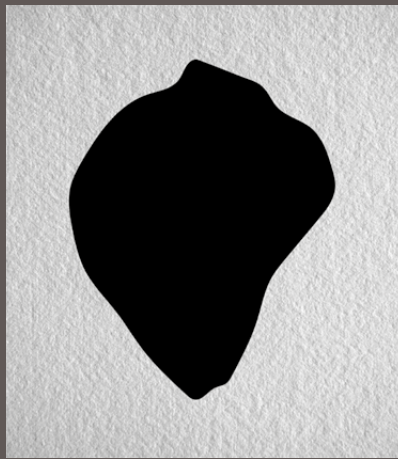
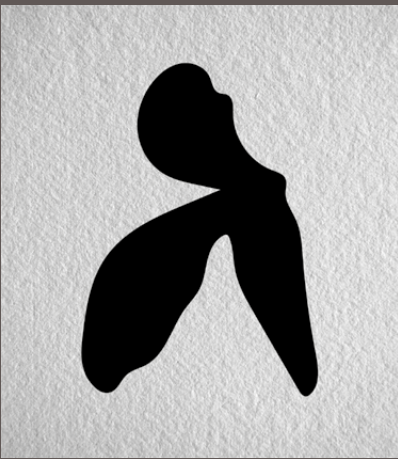
La última vez que tuve contacto con Rosario fue por inbox, en junio de 2020. Ella solía compartirme información alusiva a esos tiempos que parecen lejanos. Esa noche le escribí que la tenía muy presente; le dije, un tanto desconsolada: “Esta situación es muy extraña y absurda a la vez, algo que no imaginé que viviéramos”. Y ella respondió, con mucha más esperanza que yo: “Deseo que cambien los tiempos, que sean mejores y vuelvan las ilusiones y los sueños”. Luego de eso nos seguimos saludando a través de Facebook. En algún momento recuerdo haberle comentado que esperaba verle pronto.

Pero no ocurrió. Pronto supe que había muerto, que no la volvería a ver. Al enterarme, mi primer impulso fue buscar entre mis cosas un anillo damasquinado que me obsequió hace años, y lo observé por mucho tiempo. El damasquinado es un traba-

jo de artesanía u orfebrería, que consiste en adornar una pieza de metal o hierro rellenando ranuras o huecos con hilo de oro o de plata. Estos huecos delinear un grabado, algún dibujo muy fino, como aves, flores, y otros motivos. Se trata de un trabajo delicado. De alguna manera, mientras veía el grabado de ese anillo, dorado y sutil, recordé a Rosario en su taller, el que compartía con Raúl Óscar. La recordé acomodando sobre el piso una serie de cuadros de papel arches, con atención y cuidado, con precisión. Cada uno de estos cuadros estaba intervenido, pintado, trazado por Rosario, pero no tenían hilos de oro. Los acomodaba para ir construyendo una pieza en la que estaba trabajando entonces, una pieza grande, compuesta de varios paneles. Se trataba de “Muertas sin fin”, en su primer momento. Era 2010, creo. Raúl aún vivía y él

también estaba ahí esa tarde en que Rosario me citó para hablarme de esta instalación sobre las Muertas de Juárez. Mientras Rosario iba acomodando las piezas, Raúl y yo la observábamos en silencio, pues lo que transmitían era demasiado fuerte, demasiado doloroso. Tengo una memoria algo difusa no solo del silencio que nos embargó, también de la luz en el estudio, como si en ese espacio en particular, en ese momento, la luz se hubiera apagado. Toda la atmósfera retenía algo, un coraje, una impotencia, como el hierro duro y gris del damasquinado, al tiempo que liberaba algo, algo fino y delicado como un filamento de oro. Ese filamento dorado era la fuerza creativa de Rosario, y el compromiso que apenas nacía con esa instalación.

Rosario Guajardo fue una gran artista plástica. Pintora, escultora. Cuando nos co-



Memorial para hojas perdidas / 2019 / Instalación de piezas de latón sobre árboles en Parque Hundido / Medidas variables / Vistas generales de instalación

nocimos el trato fue que yo escribiría textos inspirados en sus piezas. Porque ella, y Raúl también, provocaron la escritura en mí. No me resulta nada casual que uno de los primeros textos que hice para una escultura de Rosario tuviera que ver con la palabra. La pieza era una voluta tallada en piedra, un símbolo del habla muy común en los códices prehispánicos: la vírgula de la palabra. Esa pieza provocó en mí una de esas frases que siento muy mías, pero que comparto con Rosario: “La mayor de las insistencias es la de la palabra”.

“Muertas sin fin” fue la última pieza suya para la cual preparé algo. En ese momento inicial de la instalación, escribí:

Y es que se ha pretendido minimizar la presencia de asesinadas (la cifra de muertas es mucho mayor que la oficial); se ha suge-

rido que si han muerto ha sido por su culpa, por salir de noche, por vestir provocativamente; se les ha calumniado diciendo que se trata de prostitutas, de mujeres relacionadas con el narcotráfico (muchas eran menores de edad, muchas estaban embarazadas, muchas eran madres); se les juzga por pobres, por mujeres. Se han esgrimido los argumentos más absurdos para ignorar un hecho tan evidente: en Ciudad Juárez están matando mujeres desde hace años, y lo hacen con alevosía y con saña. Son mutiladas y desfiguradas. Se les borra el rostro a golpes. Y esta forma tan violenta de volverlas irreconocibles es como un símbolo de su invisibilidad: en vida eran mujeres marginadas, “menos sofisticadas”, diría un enviado del FBI valiéndose de un barato eufemismo; en su muerte son más ignoradas aún, pues nadie da respuestas claras de quién o

quiénes las han matado, por qué lo hace y por qué no se ha hecho nada concreto para detenerlo.

Sus rostros en vida vienen a ser lo mismo que ya muertos: espejismos que nadie se detiene a mirar.

Cuando estuve en su taller esa última tarde, no solo había avanzado en las piezas de los paneles, también había comenzado a ensayar una máscara de su propio rostro, el elemento central de la instalación.

“Muertas sin fin” busca, al fusionar técnicas y elementos, recrear los últimos momentos de las víctimas, de manera que se haga patente el horror que estas mujeres padecieron. Valiéndose del collage, además, integra imágenes de notas periodísticas que subrayan la importancia de los sucesos, de qué manera han impactado la vida cotidiana de todos,

aunque estemos lejos del lugar de los hechos. En los paneles inferiores, las nubes de diálogo con información difusa aluden a esta terrible incertidumbre en la que las autoridades mantienen a las familias de las asesinadas y a la sociedad mexicana en general. Así, “Muertas sin fin” va del instante de la violencia a la proyección de esta, su reflejo en la sociedad y en cada uno de nosotros. Las manchas de color sobre el papel arches son como golpes, oscuras la mayoría, como rastros de sangre dejados con violencia sobre el suelo del desierto: texturas de ceniza, espinas, pigmentos, asfalto. En los paneles superiores puede apreciarse la silueta de una mujer recostada con el gesto de emitir un grito: es la voz que emerge, el “amor perdido” que ha muerto entre las manos de cada una de las asesinadas. Junto con esta recreación del asesinato, Rosario inserta imágenes de cerebros tomadas de las autopsias, evidenciando que, en efecto, se trataba de personas, individuos cuyas vidas eran más que ensamblar piezas en una maquiladora; además, los cerebros son símbolo de la integración de la violencia en la conciencia, el cual se redondea con la máscara mortuoria de la propia Rosario que representa cómo todos estamos incluidos y cómo a



Rosario Guajardo / *Cementerio* / Monolitos de concreto pigmentado y resinas / s. f. / Fotografía: Archivo de la Pinacoteca de Nuevo León de Conarte.

todos nos afecta la violencia, el escenario de muerte que se perfila, por desgracia, como una cotidianeidad en nuestros días.

Rosario utilizó mi texto para una exhibición. Pasado el tiempo, en 2018, me escribió para decirme: “Retomé la obra de ‘Muertas sin fin’, la monté en el estudio... Me encantará mostrártela... creció mucho, es una instalación. El cementerio está formado por monolitos de concreto y resinas, y lo complemento con placas de resina con incrustaciones de diversos objetos de las víctimas”. Para entonces, la violencia de género ya había traspasado la zona de Ciudad Juárez, y los feminicidios se dispararon en todo el país. Las desapariciones de mujeres que por lo general culminan en la localización de sus cuerpos mutilados, violentados, degradados, conmocionaron a Rosario que decidió crecer su obra, y que ahora

denunciara a cada mujer, cis, trans, niña o adulta, asesinada en México. Esculpí lápidas, bordó pañuelos, intervino más piezas de papel arches. Su denuncia apuntaba a un duelo colectivo. La ausencia de una es una ausencia para y de todas.

A unos meses de su muerte, en la Pinacoteca de Nuevo León se inauguró la exhibición de la instalación completa, tal como Rosario la dejó. “Deseo que cambien los tiempos, que sean mejores y vuelvan las ilusiones y los sueños”, me había escrito. No volví a verla, pero la veo, aquí, en lo que ella creó. Ante su máscara mortuoria, me gustaría poder decirle que sí, que los tiempos han cambiado. Pero seguimos andando por una vasta oscuridad. Habrá que sujetarnos a todos los hilos dorados que nos salgan al paso, Rosario, para labrar en el acero de la impunidad nuestra resistencia. Nuestra insistencia.